



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DE CIENCIAS

LITERATURA, ARTES, INDUSTRIA, COMERCIO, NOTICIAS, &



Director.—D. ANTONIO VAZQUEZ DE ALDANA.

Año II.

Manila 23 de Abril 1876.

Núm. 30.

SUMARIO.

TEXTO. Revista general, por D. Valentin Gonzalez Serano.—Miguel de Cervantes, por D. F. M. T.—Educacion de los hijos, por Justino.—España en Joló, XI, por D. Javier de Tiscar y Velasco.—Recuerdos de Cervantes: Casa del Alcalde Medrano, en Argamasilla de Alba: Fábrica de Tabacos de Arroceros, por D.—Pio IX, del Journal de Florence.—Tratado sobre el modo de cultivar el algodón, por un cultivador experimentado.—Documentos oficiales.—El Regreso de los muertos, (conclusion), por D. L. M. R.—Ecos de Malate, por D. J. M. de L.—Boletín Religioso.—Regalos.

GRABADOS. Miguel de Cervantes Saavedra.—Casa del Alcalde Medrano, en Argamasilla de Alba.—(Manila) Vista de la Fábrica de Tabacos de Arroceros.

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

Llegada de las tropas.—Enlustramiento.—Desfile.—Te-Deum.—Recepcion.—Aniversario transferido.—Trabajos literarios.—No hay noticias.—Conversacion general.

Manila 23 de Abril de 1876.

La escuadra española que en los dias 17 y 18 llegó de los Archipiélagos del Sur, conduciendo á su bordo la fuerte division de nuestro ejército, que ha combatido en Joló, hizo el 19 el desembarco de las fuerzas de tierra, que acompañadas de algunas de mar, desfilaron por el frente de nuestra primera Autoridad, que las habia conducido, como General en Jefe, á la victoria.

Dos meses y medio hacia que partieron de nuestras playas para cumplir la mision que se les confiara, y entonces creimos que, amparados por la justicia de su causa, y estando de nuestra parte la razon y el derecho,

prescindiendo de la superioridad que sobre salvajes hordas tiene todo pueblo civilizado, el triunfo coronaria el esfuerzo de nuestras armas.

Y en efecto, aunque teniendo que deplorar sensibles pérdidas, que no sin derramar preciosa sangre se obtiene la victoria, el rebelde enemigo ha sido derrotado en todas partes, sus jefes principales han muerto, sus fortificaciones han sido destruidas; y centenares de los mas fanáticos mahometanos del Sur, han quedado en el campo de batalla.

Paticolo, Joló, Maibung, Parang y Liang son patente muestra del valor de nuestros soldados, centuplicado por la disciplina é instruccion que contribuyen siempre al éxito de las guerras.

En el campo de batalla, todas las clases sin escepcion, asi las del ejército como las de la Armada, han cumplido con su deber, aun mas, se han escudado, teniendo algunas veces que reprender la demasiada audacia de los que pretendian ir mas allá de lo que aconseja la prudencia.

Los joloanos han abandonado las costas y se han internado en el laberinto de sus enmarañados bosques, de donde forzosamente les hará salir el hambre y demandar gracia, si un bien entendido bloqueo, como es de presumir, les impide recibir recursos del exterior.

Entretanto el reducto de Alfonso XII y la que fué cotta del Paulima, dan abrigo á una fuerte y aguerrida guarnicion que se ha situado en lo que fué capital de la destruida Sultania.

Hemos dicho que el 19 hizo su entrada triunfal



MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

nuestro Ejército y el recibimiento que se le hizo fué ostentoso: las calles de *San Fernando*, el *Rosario*, *Escolta*, y calzada de *San Sebastian*, extramuros, estaban vistosamente engalanadas, y las de la ciudad murada nada dejaban que desear. Multitud de damas asomadas á los balcones, un pueblo inmenso en las calles, eran evidente muestra de que Manila se identificaba con los triunfos del Ejército y Armada y trataba de demostrarlo.

Verdad es que los que han asistido en Europa á las ovaciones populares, los que han presenciado en Madrid el regreso de las tropas de Africa, y en otras ocasiones han visto desarrollarse el entusiasmo popular, no dejan de comprender cuan distintas manifestaciones son las de aquellos países, mas impresionables y que espresan con mas vigor sus sentimientos, pero esto en nada hace desmerecer la fraternal y cariñosa acogida, que por la poblacion manileña, se hizo á los espedicionarios.

El Excmo. Sr. General Malcampo como Comandante en Jefe de la Espedicion, hizo su entrada á caballo y al frente de las tropas. A su izquierda iba el Excmo. Sr. General 2.º Cabo, que ha desempeñado en su ausencia el mando superior, y seguian el cuerpo de Estado Mayor, Ayudantes de Campo y escolta de S. E.

El Excmo. Sr. Contra-almirante La Pezuela, Comandante general de este Apostadero y jefe de la Escuadra de operaciones, ocupaba acompañado de otros jefes de marina una carretela tirada por cuatro caballos que marchaba á alguna distancia del Excmo. Sr. Capitan General.

Poco despues de las nueve S. E. llegó al Ayuntamiento desde donde presenció el desfile de las tropas.

Durante el tránsito el Marqués de San Rafael y el Ejército, fueron objeto de una constante ovacion por parte del público que se apiñaba en la carrera.

El Gobernador General pudo conocer asi como su apreciable y distinguida familia, que le precedió en un carruaje de gala tirado por seis caballos, las simpatías de que gozan en la Capital de las Islas.

Las fuerzas desfilaron en el orden siguiente:

Coronel Sr. Ordoñez.
Infantería de marina.
Batallon de Artillería peninsular.
Voluntarios españoles, al mando de D. Virgilio Llanos.
Artillería de marina, al mando del Sr. Montojo.
Artillería de montaña.
Obreros de ingenieros.
Sanidad militar.
Administracion militar.
Coronel Sr. Marquez.
Regimiento núm. 4.
Regimiento núm. 6.
Regimiento núm. 7.
Teniente Coronel D. Sebastian Mojados.
Guardia civil.
Batallon de Artillería, de guarnicion.
Regimiento núm. 5.
Guardia civil veterana.

Terminado el desfile las tropas pasaron á sus cuarteles y S. E. seguido de todas las Autoridades se dirigió al *Te-Deum* que tuvo lugar en la V. O. T.

Despues de este acto la Autoridad superior se dirigió á su residencia de Malacañang, siendo victoreado en el tránsito por el numeroso público que le aguardaba para saludarle. La carrera estaba adornada en toda su estension distinguiéndose las calles de la Escolta y calzada de S. Sebastian.

Creemos que el Ejército espedicionario y sus jefes estarán satisfechos de la recepcion que les ha hecho el pueblo de Manila.

La noche del mismo dia hubo recepcion en Malacañang á la que acudieron, no solo las corporaciones oficiales, sino otras muchas personas que deseaban saludar en su regreso á nuestra primera Autoridad, que recibió á todos con la benevolencia que le caracteriza.

En la isla de Joló quedan como saben nuestros lectores suficientes fuerzas de nuestro Ejército y Armada para sostener muy alto el pendon castellano que tremola victorioso en aquellos mares.

Desde la casa de Ayuntamiento se distribuyeron al pueblo algunas medallas de las que se

han acuñado en la casa de moneda y que para recuerdo de la pasada campaña han regalado los empleados del citado Establecimiento al ejército vencedor.

Sencilla y elegante esta medalla que será del tamaño de una peseta, contiene en una de sus caras la siguiente inscripcion: *La casa de moneda de Manila*, y en la otra, orlada de una corona de laurel: *A los vencedores de Joló. 29 Febrero 1876.*

Aplaudimos el regalo que demuestra los sentimientos patrióticos que animan al director y empleados del citado Establecimiento.

La acuñacion se ha hecho en cobre, bronce, metal blanco, plata y oro, destinándose las medallas de este último metal á las Autoridades superiores y creemos que tambien á S. M. el Rey, A. R. la Serenísima Princesa de Asturias y Ministro de Ultramar.

Hoy debia celebrarse el 26º aniversario de la muerte del Príncipe de los Ingenios, del autor del Ingenioso hidalgo *D. Quijote de la Mancha*, del nunca bien ponderado Miguel de Cervantes Saavedra.

Dificultades materiales que no comprende seguramente, el que no lucha en Manila con empresas literarias, ó que necesiten el auxilio de las Artes, han impedido la celebracion de esta solemnidad que se proroga para el miércoles próximo.

Parece que la misa será dicha en la iglesia de Sto. Domingo por el capellan de palacio y Rector de S. José D. Manuel Clemente, pronunciando la oracion fúnebre el ilustrado vice-rector y catedrático de la Universidad M. R. P. Cueto.

El presidente de la comision encargada de realizar esta solemnidad, nuestro distinguido amigo el M. R. P. Fr. Ramon Martinez Vigil, leerá el discurso inaugural en la sesion literaria, leyendo otro discurso el P. Clemente, algunas poesías diferentes vates y ejecutándose un escogido programa de música por conocidos artistas y por la banda militar del Regimiento de Artillería que dirige el reputado profesor D. Lutgardo Lopez.

Tambien creemos que se repartirá en dicho acto un retrato de Cervantes dibujado por un alumno del Colegio de San José.

El canto, la música, el dibujo, la poesía, la elocuencia sagrada y profana se han reunido para honrar al ilustre Manco de Lepanto, y creemos que en los años sucesivos se continuarán en Manila haciendo los mismos sufragios por el alma de Cervantes y ensalzando literariamente su gloriosa memoria.

La circunstancia de no celebrarse hoy la funcion proyectada en honor de Cervantes, nos impide publicar los trabajos inéditos que teniamos sobre este escritor, alguno de los cuales deberá leerse en la sesion literaria del dia 26 y que insertaremos en el número próximo.

Noticias de España y del Extranjero no se han recibido desde nuestro último número, por lo que nada podemos comunicar á nuestros lectores que ofrezca novedad.

El correo de Europa está próximo á llegar y en él esperamos encontrar algunas noticias interesantes que en el próximo domingo procuraremos extraer.

El Sr. Gobernador Civil de esta provincia nos ha remitido una atenta carta, y adjunta á la misma 25 medallas de las acuñadas en la casa de Moneda de esta capital, y que los empleados de aquella regalan al Ejército Espedicionario de Joló.

Damos las mas espresivas gracias á nuestra Autoridad local por este obsequio, que agradecemos como merece, y alabamos igualmente el desprendimiento de los dignos empleados del citado Establecimiento que han sabido perpetuar las victorias de nuestro Ejército con la acuñacion de una medalla que honra á su patriotismo é ilustracion.

He aquí la carta de referencia.

Sr. Director de *El Oriente*.

Muy Sr. mio y de toda mi consideracion: tengo el gusto de remitirle 25 medallas conmemorativas de la victoria obtenida por nuestras armas en Joló, que los empleados de la Casa Moneda han hecho fundir de su propio peculio y que le ruego se digne distribuir entre los Sres. redactores y dependientes de ese periódico.

Con este motivo se reitera de V. afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.—JOSÉ MORALES.
Manila 21 de Abril de 1876.

El Ateneo Municipal de Manila nos ha remitido el cuadro de las *Observaciones meteorológicas del Ateneo Municipal*, correspondientes al mes de Marzo último.

Ya hemos hablado en otra ocasion de esta clase de trabajos que honran sobremanera al Establecimiento citado y á los ilustrados profesores y PP. de la Compañía de Jesus que le dirigen.

Les damos las gracias por su recuerdo y nos congratulamos de que en Manila se publiquen esta clase de trabajos, que solo ven la luz en las mas cultas y ricas capitales de Europa y América y en muy pocas de Asia y Oceanía.

El tema general de las conversaciones ha sido en la pasada semana la Espedicion de Joló, los sufrimientos y sacrificios de nuestro Ejército y Armada, y los mil peligros de la ya fenecida campaña.

Tambien se ha hablado con insistencia del aspecto magnífico que presenta la hermosa vegetacion de las islas joloanas y de los grandes y variadas producciones de su feraz suelo.

El poco tiempo que nos impide en este número algunas laminas de la entrada de las tropas el 19 del actual, dia memorable en los fastos de esta novilísima ciudad pero lo haremos en el próximo.

V. GONZALEZ SERRANO.

MIGUEL DE CERVANTES.

Repátese la vida del inmortal Cervantes en cuatro principales periodos. Oscuro y desconocido desde 1547, fecha de su nacimiento, hasta 1569 en que pasa á Italia como paje del cardenal Aguaviva, debió ocuparse durante ese tiempo y en sazon, de adquirir los conocimientos literarios que habrian de formar su gusto, cultivando el trato de la poesía, cuyo arte amó, segun él mismo declara, desde los más tiernos años.

Milita entre 1570 y 1583 bajo la bandera de Marte, y ora asiste á las funciones de guerra con que los famosos tercios españoles ilustran su historia en Italia, Lepanto, Túnez y las Terceras, ya gime aprisionado en las mazmorras argelinas, mostrando con lo atrevido y noble de sus proyectos, el fino temple de su alma y la clara estirpe de sus humanos y patrióticos pensamientos.

Convencido de que no ha de serle próspera la fortuna por tal camino, aunque se siente con ánimos para las más altas empresas, abandónalo al cabo, y tras breve reposo en Madrid, hállase sirviendo al Estado y á los proveedores de las armadas y fronteras, en humildes puestos, recaudando atrasos de la Real Hacienda, desempeñando otras comisiones no menos impropias de su carácter y antecedentes: en estos oficios y trabajos consume cerca de veinte años de su existencia.

Cesa en 1605 ó 1606 de ejecutar el apremio, y comienza el literato. Aun vive diez años; diez años que le bastan para dar al mundo los pastos más sublimes de su talento: aquellos hijos queridos del ingenio que se nombran «Don Quijote,» «Novelas Ejemplares,» «Viaje al Parnaso,» «Trabajos de Persiles y Segismunda.» Cuando el 23 de Abril de 1616 exhala el postrer suspiro, apagándose la llama de su viril fantasía, Cervantes se ofrece ante los ojos del trinitario compasivo que le prodiga sus consuelos, colosal cifra y resumen de las injusticias de los hombres y de los rigores de la ciega y mudable fortuna. El soldado valeroso y entusiasta que expone su pecho al hierro enemigo, ántes que arrastrado por la baja ambicion y la sórdida codicia movido de conato de legítimos medros; el que en la cama de un hospital experimenta los dolorosos efectos de la herida que en Lepanto recibiera; el cautivo del renegado Mamí, y que luego sirve á su patria de nuevo con la espada y en útiles aunque modestos cargos para pagarle sus desdenes ofreciéndole peregrinas joyas que enriquezcan su corona, muere en extremada pobreza confinado, si con el cuerpo dolorido, llena el alma de melancólica tristeza, que tal pedian el propio desabrimiento y la negligencia que con

él usaron los que debían en rigor premiarle y socorrerle. Una nobilísima esposa que resignada le acompaña en los altibajos de su infortunio; un sacerdote ejemplar, que le alberga bajo el techo de su estrecha vivienda; cuatro hermanos de la Orden Tercera, que compasivos acuden á llevar en hombros su cadáver; algún amigo de aquellos que no sustentan las dádivas, sino el puro afecto de la desinteresada simpatía, rodean su lecho ó acompañan el féretro hasta el inmediato convento, donde el fúnebre despojo será confiado á la tierra.

¡Soledad y miseria, virtud y moderación, mansedumbre y cristiana conformidad, virtudes unidas por sentimientos que no prosperan entre los orgullosos del poder ó de la riqueza; el genio transfigurándose, pasando de la turbación de lo finito, á los claros é ilimitados espacios de la inmortalidad; la forma, el organismo donde encumbradas aptitudes y facultades se cimentaron, en dichoso equilibrio, descomponiéndose y regresando en sus elementos al universal laboratorio, para dejar en la memoria de los hombres los frutos imperecederos de su actividad pasmosa. Muere Cervantes como es justo que mueran los que gozan de su complexión y están llamados á su renombre; sin que el mundo se aperceba del fracaso. Es el fallecimiento del genio, el tránsito desde la sombra á la luz, desde lo contingente y limitado, á lo necesario é incommensurable. Cuando fallece una de esas eminencias, cuando se entornan los ojos de uno de esos hombres superiores que se llaman Homero, Esquilo, Séneca, Dante, Shakspeare, Newton ó Laplace, verificase á través del espacio una misteriosa dilatación: el alma del poeta ó del sabio rompe sus ligaduras, traspasa por todos los poros del cuerpo, y como vivo resplandor penetra en la conciencia de las muchedumbres, semejándose en mucho á esas fuerzas misteriosas de la naturaleza, con energía para taladrar las montañas, recorrer el globo con la rapidez de la idea, cuya realidad no obstante conocemos solo por sus efectos.

Victor Hugo lo ha dicho; hay aquí abajo un pontífice, el genio: parece indudable. Son los genios á la manera de hermosos luceros que guían el bajel de las almas por el alterado y tenebroso océano de lo desconocido; monarcas, cuyo imperio nada ni nadie resiste; cadena que liga con sus eslabones las distintas épocas del humano progreso; precursores de lo porvenir, en cuyo cerebro se forjan los tempestuosos rayos de las revoluciones; sávia que nutre por siglos la cultura de los pueblos; los grandes hombres—dignos realmente de este título por sus merecimientos—viven la historia con su álito, y la esclarecen y realizan con los ejemplos de su virtud y los frutos de su talento.

Muéstranse poderosas las naciones para caer en la ruina; truecense los lauros del conquistador, que asentó su gloria sobre bélicas hazañas, en tristes y deplorables recuerdos de lágrimas y sangre; alteranse las creencias, quebrántanse las instituciones, múdase el ideal, y en esta recia pugna de los intereses que crearon necesidades ficticias, falsos conceptos del bien, de la justicia y del derecho; en este contraste de las pasiones más mezquinas, de las concupiscencias más inmoderadas, de las flaquezas, de las hipocresías y de los devanecimientos, únicamente el genio, de acuerdo consigo mismo, sale puro y victorioso, como sale el sol de las profundidades del caos para alumbrar al orbe por eternidad de siglos, y animar con su fuego las existencias.

Si el astro del día es centro y foco de la vida física hasta donde no fué dado reconocerla, el genio es también centro de la vida moral en los límites del conocimiento. Llena Dante con su epopeya la Edad Media, como Cervantes esclarece el conjunto de nuestra propia historia moderna con su novela. Descomunal gigante, divide con sus brazos lo pasado de lo porvenir. De un lado la España legendaria y caballeresca, romántica y cristiano-musulmana, con sus claustros bizantinos, sus góticos castillos, sus behetrías y sus señores de pendón y caldera; con sus rápsodas y sus ricas hembras, con sus lides encumbradas y sus alteraciones profundas, con sus hogueras y sus inquisidores, con sus siervos de la gleba y sus potentes municipios. El recio espíritu germánico barajándose con la idealidad mística del evangelio; la tradición latina, en conjunción estrecha con el elemento islamita; la realeza, lle-

gando hasta el vértigo del poder con Carlos V y Felipe II; la aristocracia que en cada pueblo ó castillo fronterizo conquista un nuevo cuartel á sus blasones; la burguesía luchando por sus fueros; el plebeyo perdido en las tinieblas del fanatismo y la ignorancia.

Descúbrese detrás de Cervantes toda la España galanteadora, monástica, poética y aventurera; el teólogo y la dueña, la doncella crecida en el honrado hogar y el seductor que puso su razón en el filo de su espada, el sandío labriego que á la estulta ritualidad de la vida menos digna se acomoda, y el paladin andantesco que busca aventuras extrañas donde quilatar el temple de su ánimo y la pujanza de su brazo.

Frente al grande hombre espáciase una nueva historia. Es la España moderna y contemporánea: crisis inmensa donde batallan todos los sentimientos que vigorizaron á esta sociedad, abarca la muerte de sus instituciones comentadas en doce siglos de labores incesantes y cruentos sacrificios, y el nacimiento del nuevo credo que por tiempo habrá de guiarla. Resume Cervantes en su obra estos dos momentos del tiempo, visto bajo una de sus multiplicadas fases: la tradición y la utopía, lo que fué y lo que será. Recoge la imagen de lo pasado; fija el tipo español como lo modelaron la Reconquista y el Renacimiento; encarna en su cerebro todas las ideas, creencias, debilidades, esperanzas, dolores y alegrías de sus contemporáneos; y declarando vacío, sin eficacia ni legitimidad el ideal histórico, anuncia la aparición de otros horizontes donde habrá de dilatarse el rigor de sus conciudadanos.

Como artista encaja Cervantes en las condiciones de su tiempo; como pensador se adelanta hasta entrarse bien adentro en los términos de lo futuro. Aunque nutrido con las enseñanzas clásicas que recibiera principalmente durante su residencia en el suelo italiano, anímase en mucho el espíritu del romanticismo. La forma de su obra es greco-romana, eco del movimiento reformista que han suscitado á orillas del Tiber y del Arno, desde Calóndilo hasta Bembo y Sadoletto, desde los Médicis hasta Leon X. Escribe Cervantes como pinta la escuela de los Pierinos del Vaga y de los Sausio de Urbino; modela sus personajes con la gracia corregiesca ó la seguridad del Buonarroti; mas el alma que los traspasa es puramente occidental y romántica, castiza y cristiana, no exótica ni politeísta.

No es el concepto asiático del Estado el que en sus libros se columbra, sino la idea individual, el respeto á la persona humana, hijo de las selvas del Norte, su cristianismo contradictorio, de la hinchazón autocrática que restauran en Italia y en toda la gente latina las exageraciones culteranas, cuando obran sobre el derecho, las costumbres y la organización política de las naciones. Burgués por temperamento y convicción, aristócrata por la independencia del ánimo, proletario por la sencillez de sus deseos, egregio magnate por la alteza de sus bien dirigidos propósitos, representa Cervantes la eterna protesta de la propia dignidad que se siente y reconoce contra la exorbitante tiranía de las externas sociales conveniencias.

Educado en la ruda escuela del dolor y del sufrimiento; navegante en el frágil vaso de las mundanas esperanzas, con la triste experiencia del que cruzó la escabrosa senda del mundo sin otro apoyo que su albedrío; nuestro ingenio consigue reconocer lo ficticio y misero de los triunfos cortesanos, las escaseces de la holgura, los sonrosos de las mas codiciadas privanzas, los alrogos de la riqueza, las ingraticudes de los obligados, y el apacible encanto de la medianía que limitaron la honradez y el decoro.

Pensó Cervantes que en la llaneza y en la humildad solían esconderse los regocijos mas aventajados; halló la virtud del pobre, medio cierto de levantar la fama; joven, acósale, mas que la ambición, el deseo de sacrificarse por su patria; viejo y enfermo habria querido persistir en sus conatos si no lo estorbaba el querer mudar la milicia mortal por la divina, entrando en el gremio de los Terceros.

Sin odio ni rencor para con los hombres, resignado con su suerte, que la pena que no acaba la vida, la costumbre de padecerla la hace fácil; entendía que la libertad no debía enagenarse por ningún dinero, calculando que de los bienes que reparten los cielos entre los mortales, los que mas se han de estimar son los de la honra, á

quien se posponen los de la existencia. Y se explica su filosofía cuando se le oye decir que las buenas andanzas no vienen sin el contrapeso de las desdichas, y que estas como las buenas suertes suelen caminar tan juntas, que tal vez no hay medio que las divida: andan el pesar y el placer tan apareados, que es simple el triste que se desespera y el alegre que se confía. ¡Dichoso aquel que no se amarró al banco del ageno arbitrio; venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que no sea al mismo cielo!

No bajará Cervantes la cabeza ante el vicio en auge: á la virtud firme y sólida débense los premios del honor y la alabanza, no á la ficticia é hipócrita: no despreciará al menesteroso honrado, que también el pobre virtuoso y discreto tiene quien le siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe. Nunca huyeron de su pecho los delicados afectos que en él puso la naturaleza, y no hubieron de amenazar el contrario influjo de la sociedad mal guiada. Propala una idea de la justicia aun desconocida de muchos gobernantes, cuando erradamente hablan de la vindicta pública: los jueces discretos dice, castigan, no toman venganza de los delitos, y los prudentes y piadosos mezclan la equidad á la justicia, y entre el rigor y la clemencia dan luz de su buen entendimiento. Enseña á obedecer los mandatos de las personas constituidas en autoridad, aunque vitupera que sus dictados se sujeten á la ley del encaje; practica sinceramente la religión, pero húrtese á todo fanatismo y huye de confundir las cosas divinas con las humanas. Y cuando deja á su esposa, sola, bien así como verde hiedra á quien le faltó su verdadero arrimo, ha labrado en su pecho tan sólido refugio, que la conyuge prolonga su vida, no para disfrutar de sus ventajas, sino llevada del deseo de contribuir al crecimiento de la fama del esposo. Amóla este entrañablemente bajo humildes techos, y halló en sus caricias lenitivo á sus males; que nada iguala al contento de dos almas que se gozan en una sola convertidas, mucho mas cuando la compañera era de aquellas criaturas á quien enriqueció la mano liberal de la naturaleza, dotándola de incomparable belleza y de tan alto y subido entendimiento, que las discretas damas en los reales palacios crecidas y al discreto trato de la corte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parecerla en algo, así en la discreción como en la hermosura.

De condición blanda, ingenio agudo, costumbres con la razón niveladas, aspirando siempre á superiores fines, lo mismo en la guerra que en la pacífica esfera del ingenio, que de altos espíritus es aspirar á altas cosas; no albergando nunca en el pecho rencor ni odio, pues la venganza castiga, pero no quita la culpa ajena; asáltado por una caterva de contratiempos; quizá obligado á huir de su patria cuando mozo; herido en la más grande ocasión que contemplaron los siglos; enfermó en Mesina; colocado entre la muerte y la vida en el cautiverio; nuevamente peleando por su patria en Portugal; á la merced de un publicano en Andalucía; perseguido y preso como supuesto malversador de lo ajeno; calumniado en Valladolid; menesteroso en la corte; obligado á trabajar para agenciarse el cotidiano alimento; sin protectores que consigan sacarle de su estrechez, comediantas que le adulen, ni voceadores que eleven su fama al cerco de la luna; Cervantes, ni vuelve el rostro á la verdad, ni olvida el bello arte de la dulce poesía que de consuelo le sirve en los repetidos paréntesis de sus desgracias.

Fué el regocijo de las Musas ante todo poeta, en el concepto sumo y más encumbrado de la palabra y como poeta pobre y cifra de todo infortunio; que el ejercicio de la poesía es más provechoso que honrado, y más de trabajo que de provecho, aunque la excelencia de la poesía es tan limpia como el agua clara, que á todo lo no limpio aprovecha; y como el sol, que pasa por todas las cosas inmundas sin que se le pegue nada: es habilidad que tanto vale como estima; es un rayo que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es, en fin, instrumento acordado que dulcemente alegra los sentidos, y reposo del deleite, lleva consigo la honestidad y el provecho. Fué su grandeza propia, sin dependencia de otra alguna; su vivir incesante querella con la desventura; espejo donde deben mirarse los que de sus méritos no recompensados hacen ostentación continua y re-

dundante alarde; cúmulo de dramáticos episodios, trances extremos y mortales ansias; muestra elocuente, en fin, de los afanes que agobian al pobre, atento á mejorarse cuando no le ayuda la proteccion del poderoso, siquiera le acompañen las prendas más hermosas y codiciadas.

Y cuando se quiere conocer al hombre moral, ciertamente que son excusados las pesquisas y documentos biográficos. Hállase Cervántes retratado en sus obras. Nada hay tan subjetivo como sus creaciones; nada tan personal como los cuadros con que enriqueció la literatura europea, para solaz del pecho melancólico y mohino, en toda sazon y en todo tiempo.

Están en la «Galatea» su juventud: en sus «Comedias» sus recuerdos de pasadas aventuras; en el «Quijote» el claro conocimiento del corazon humano, en sus senos más recónditos; es el «Viaje al Parnaso» poético ropaje en que envuelve el grito dolorido de un alma desgarrada por la injusticia; el «Persiles» tierna endecha del cisne moribundo que se despidió de la luz, de la gracia y del donaire.

Con vigoroso pincel ha trazado el cuadro de la España contemporánea, y la imágen de la humanidad bajo todos los climas y en todas las épocas; con el escalpelo del filósofo escrutó lo más profundo de la naturaleza humana para decir las leyes que la rigen; con intuición pasmosa predijo la venida de una nueva caballería, que sin usar de lanza, casco ni rodela, obtendría victorias más duraderas que las alcanzadas por los trashumantes hidalgos.

Quiso Cervántes escribir un libro de puro patiatempo, y labró el código del buen sentido; propúsose escitar la risa, y arrancó lágrimas de todos los pechos sensibles; creyóse mortal, y nació para vivir mientras alienta hombres sobre la superficie del globo.

Véle la corte de los Felipes atravesar ante ella con la carga de sus cuitas sobre la espalda, y se desdeña ó no hace alto ante su infortunio; pagarán generaciones é individuos, Órdenes monásticas, magnates y reyes el marcado tributo a la sepultura; Cervántes saldrá de ella transfigurado, tan invulnerable como el pensamiento, tan grande como la inmensidad. Y se dilatará su crédito hasta los postreros términos de la cultura; y no habrá pueblo civilizado que no se acaudale con la más gallarda de sus obras; ni crítico diligente, ganoso de gloria, que no ponga la suya, en algo, á la sombra de la cervantesca; ni artista egregio que no intente realizar con el cincel ó la paleta los engendros lozanos de su fresco entendimiento, de presentársele ocasion propicia para ejecutarlo.

Como hombre, Cervántes es buen ciudadano, buen esposo y buen amigo; como novelador, áun está por nacer quien le exceda en imaginacion y en gracejo; como moralista, dignas son sus máximas de entallarse en finos bronce; y como literato, son sus cláusulas áureas sentencias, nunca desdeñadas por los más granados ingenios.

Ingratos con él sus contemporáneos, salvas honrosísimas excepciones, ó más bien, injustos los que debieron recompensar sus servicios, dejáronle morir casi de hambre y de tristeza: premiaríanle las muchedumbres consumiendo una tras otra las ediciones de sus libros; la posteridad habria de erigirle perenne monumento en la pública opinion, aclamándole por coloso de la literatura moderna y emblema de una raza, cual uno de los mayores timbres del pueblo que llenó el mundo con el eco de sus conquistas y la fama de sus proezas.

F. M. T.

EDUCACION DE LOS HIJOS (1).

(Continuacion.)

IV.

Abandonada, pues, la utopia del *hombre de la naturaleza* como un monstruoso sueño, vengamos á la realidad de las cosas.

El niño solo tiene lo que se le dá: lo cual no quiere decir que venga al mundo sin razon, sin voluntad y sin libertad, pero ¿en qué estado? Como la voluntad y la libertad dependen esencialmente de la razon, ocupémonos solamente de ésta. Nace el niño dotado de razon, mas de una razon inerte; y si una mano amiga no la toma

por su cuenta para introducirla en el mundo de la inteligencia, jamás producirá nada de cuanto de ella se espera. Asi como se da una fe muerta, así el nacimiento puede no producir nada, y quedar la razon infecunda, si nada añadís por vuestra parte á ese depósito primero, magnífico, pero insuficiente.

Empero ese niño que nada tiene, está en aptitud de recibir por medio de lecciones, de estímulos, de ejemplos, de correcciones, y de reprimendas en casos dados, cuanto queráis imprimir en su dúctil naturaleza. Sométese á cuantas influencias os plazca ejercer sobre él: y en esto consiste la educacion.

Y esto supuesto ¿cuál debe ser la accion generosa, que, en nombre de la educacion, ha de hacer de ese niño un hombre y un cristiano y un hijo de la pátria?

Esta pregunta es compleja, y para satisfacer á ella, pareceme que debiera ser descompuesta en las tres formas que principalmente afecta. La enseñanza, las costumbres públicas y las costumbres domésticas, ó accion íntima de la familia, son al parecer tres elementos poderosos de educacion, que reflejarán eternamente sobre la vida del hombre, del cristiano y del ciudadano las buenas ó malas cualidades con las cuales le hayan arrullado en su infancia, ó informado en su adolescencia.

Veamos la enseñanza en primer término: veamos como debe concurrir á la educacion del niño para darle la triple forma, que más de una vez se ha repetido en este escrito. Ruego á mis lectores que circunscriban la cuestion á los límites racionales y prácticos, fuera de los cuales vería con dolor profundo se la pretendiera arrastrar violentamente. Las instituciones y las leyes de estas provincias están casi identificadas con su vida civil, social y religiosa, con su historia, con sus costumbres; hanse formado unas al lado de otras, unas por otras con reciprocidad constante, armónica y natural, y no hay para que llamarlas á infructuosa controversia. Ni una palabra de preferencia para la educacion pública, ó para la educacion privada; para la simultánea ó para la individual; para la que se da por la Monarquía; en nombre de la Monarquía, ó para lo que se da por el padre de familia ó por otro que haga sus veces. Semejante paralelo sería estéril, como incapaz de todo punto para mudar la naturaleza de las cosas. Los límites prácticos impuestos á este ligero trabajo no se extienden á reformas, aspiran solo al modesto objetivo de escoger, ó mejorar, y de utilizar cuidadosamente la enseñanza cual existe.

¿Cómo debe darse esta enseñanza?

Pues se trata de formar hombres, y cristianos y ciudadanos, pareceme fuera de duda que debe informarse la enseñanza de una moral pura y completa, de una fe práctica y de un amor entrañable, inalterable, sin medida, hácia esa España querida que es nuestra segunda madre.

La moral! La palabra está en boca de todos, y la moral está en baja constante: hase perdido su nocion para muchos «para muchos que blasonan de vida inmaculada, porque no roban en los caminos, porque no matan mas que en duelo, porque no odian ni maltratan á nadie, aunque tampoco amen ni hagan beneficios.» ¿La moral? ¿que es la moral? Es la direccion de las acciones humanas en órden á su último, supremo y soberano fin, en el cual está cifrada la felicidad. La moral es el mayor de los progresos, porque es un progreso ascendente hácia la perfeccion absoluta, hácia el sumo bien. Quien no conoce este bien inmutable, mal podrá dirigirse en su consecucion; quien le conozca y le busque, aun habrá de ejecutarlo por los medios que el mismo supremo bien le designe, porque todos los demas son vanos. No hay pues otra moral que la cristiana, porque no hay para el hombre otro fin que su Dios, y no hay para llegar á la posesion de Dios otro camino que el designado expresamente por su palabra, que el recorrido para nuestro ejemplo por el Verbo mismo de Dios.

Quien no profese esta divina moral, quien no se esfuerce en cumplirla, es indigno de que le confieis la enseñanza de vuestros hijos: no sabría, no podría llenar su mision; envenenaría ese tierno corazon que vosotros habeis abierto á los primeros rayos de la verdad y del bien. O es indiferente, ó es hostil á la moral del Evangelio: si lo primero, aquellos gérmenes de virtud

que habeis cuidadosamente implantado en los hijos de vuestro corazon, se agostarán al primer soplo, se desvanecerán por sí mismos, faltos de vigor y de cultivo; si lo segundo, serán muy presto atrofiados por las nuevas implantaciones, por la cizaña maldita, que el moralista independiente inoculará en su alma.

V.

Estos principios son vulgares por lo elementales, están al alcance de todo hombre, que aspira á llevar con honor el honroso título de padre de familia; ¿tiénense sin embargo presentes en la vida práctica de nuestro siglo? Al instituir profesores públicos, al recibir institutores en las familias, al arrancar al niño del calor y del amor de su madre, para trasladarle á un colegio de países remotos ¿caso se toman ántes los antecedentes indispensables sobre las ideas y las costumbres morales de esos mentores, que van á sustituir al padre en sus deberes primarios? Es evidente que no; porque si se tomáran, no habría padre, por despreocupado que se le suponga, que aventurara la suerte de sus hijos en manos de un profesorado, del cual lo mejor que puede decirse, en algunos de los casos anteriormente apuntados, es, que es indiferente.

Ved sino los hombres que levanta nuestro siglo; que deben su fortuna y su prestigio á los padres de familia; que han hecho de la enseñanza un pedestal para alzarse y dominar sobre sus mismos aduladores: son aquellos que han evocado alguna sombra impura; que han ilustrado con falsa literatura un principio falso; que han hecho la apoteosis de un hombre ó de un siglo execrables. ¡Ah qué ilustraciones! aclama con unísona voz nuestra generacion descreída. Es urgente, añade, ofrecer á ese genio una posicion más ventajosa, asegurarle más amplio salario, porque hoy la ciencia no se paga, como ántes, de la estimacion del público, hoy la ciencia se cotiza; y esos hombres promueven siempre un alza en los mercados.

Ellos no habrán hecho de vuestros hijos hombres; tal vez les hayan enseñado una moral santomoniana, tal vez no haya en su sistema de educacion un solo elemento de virilidad, tal vez hayan inoculado en las venas de sus alumnos y en lo más íntimo de su corazon, el virus deletéreo que no permitirá encontrar un hombre en toda la escuela; pero hacen todo esto con tan elegante lenguaje, con tanto aparato de literatura, con tan armoniosa poesia y con prosa tan cadenciosa, que bien se puede sacrificar el fondo á la forma!...

Y sino todos los profesores de ciertos colegios que hoy fascinan la ligera vanidad de algunos padres de familia, aspiran como los anteriores, á ser los gigantes del mal y ocupar los primeros puestos en esa cruzada nefandaalzada contra la moral, ocúpanse cuando ménos en ser soldados de fila, y en vulgarizar las conquistas conseguidas por aquellos. Y ¿con qué elementos cuentan para su creciente propaganda? Con la complicidad inexcusable de los padres de familia que les dejan francos cuantos caminos necesitan para llegar al objetivo de engañar un alma más, de corromper una voluntad más y de hollar en el fango un nuevo principio de la moral del Evangelio. Eso van á buscar y eso encuentran para sus hijos los padres indiferentes é inconsiderados, que mirando por un prisma desfavorable las instituciones de su religion y de su pátria, do aprendieron nuestros ascendientes á servir gloriosamente la pátria y la religion, mendigan en tierra extranjera y entre sectas estigmatizadas, una educacion y una enseñanza más amplias para sus hijos....

Perniciosamente funesto es este sistema de educacion, siquiera el mal esté aún atenuado por el reducido número de casos á que, en este país sobre todo, ha sido aplicado; sin embargo de que estos casos son tambien por su posicion y fortuna los que debieran arrastrar las masas á mejores sentimientos de honor nacional, y más profundo aprecio de la ciencia de la salvacion.

Alzase á su lado otro peligro, más grave por su extension, ménos abominable porque suele ser desconocido, y del cual no están exentas instituciones é institutores que pasan plaza de católicos. Refiérome á esos Profesores indiferentes, cuya ambicion no los lanza á las aventuras de querer ser los primeros, que se contentan con vegetar en las regiones intermedias, que no ata-

(1) Véase el núm. 20 de *El Oriente*.

can nada. Empero enseñar una virtud vigorosa, hablar de la abnegación que conserva la vida moral, decir con palabra firme y con una vida ejemplar, cuán valiosas sean la templanza, la justicia y la castidad, ¡oh! no, eso no entra en su programa, no es de su competencia. El estudiante recorrerá la larga serie de años y de estudios, que constituyen lo que se llama la buena educación, sin que le salga al encuentro una voz amiga para decirle, que no vino á las aulas para adquirir solamente lo que constituye el adorno de la superficie del alma, sino muy especialmente para aprender lo que hace su hermosura íntima. Nadie le dirá que no vino solamente para saber lo que hace un comerciante, un industrial, un orador, un diplomático, un hombre de salón; sino para saber lo que hace un hombre viril. Sería esto sobradamente complicado; hoy se simplifica más todo, no ocupándose de ello. El alumno sale de la escuela, del colegio, del instituto, de la universidad, y sabe... ¿Querréis decirme lo que sabe? ¡Ah! confesemos paladinamente que no sabe gran cosa, y si algo sabe, no sabe ciertamente ser hombre.

Y ved porqué los caracteres están rebajados, las facultades morales enervadas, nuestra raza vilipendiada y ocupada en argucias dialécticas, mientras que los enemigos nos quitan uno á uno los reductos; y ved porque en medio siglo, ó en un siglo de constante decadencia, en tantos años como sufrimos que nos arrojen el polvo á los ojos, extendemos lastimeras miradas por el horizonte, exhalamos hondos suspiros, esperando que responda la conciencia de un hombre, y ese hombre no aparece!

VI.

Tales son las consecuencias que arroja el análisis somero de la enseñanza bajo el punto de vista moral. ¿Se deducirán más consoladoras si la examinamos por el prisma religioso?

¡La enseñanza religiosa! la vida religiosa! ¡Oh! plegue á Dios no se me moteje como Caton severo y censor de la tendencia de nuestra época! He pagado, al principio de este ligero escrito el tributo, que de justicia se debe, á los progresos del siglo; y ¡cuán grato es para mí consignar de nuevo la resurrección patente de la vida religiosa, algún tanto aletargada por el tósigo enciclopedista! Empero los padres de familia deben saber toda la verdad: la convalecencia no es la salud, aunque hacia ella camine. La ascensión de las inteligencias hacia la verdad, que amorosa las solicita y las encanta, lucha aún con obstáculos formidables, que á muchos estacionan, que á otros hacen retroceder; y uno de estos obstáculos es el miedo.

¡La vida religiosa! El profesor que se aventurase á ser religioso, sería en muchos casos inmediatamente despreciado. ¿Quién arrostra este desprecio? La fortaleza de espíritu no es el don de nuestro siglo, que ha llegado á la aberración de llamar espíritus fuertes precisamente á los espíritus débiles que rinden parias al error. La originalidad, el poder, el porvenir, son precisamente de aquellos que descartan de sus elucubraciones toda idea religiosa; de ellos es también el favor del público; es decir, del público que vocifera, del público que mete mucho ruido, porque calla el público sensato, el público verdadero. Sería curiosa en extremo una estadística de los senatos-consultos de ese público vocinglero, que aspira á erigirse á sí mismo en fuente de todo derecho y en tribunal infalible de toda verdad; y eso comenzando desde que allá en Judea pronunció el *tolle* y el *crucifige*, hasta que decretó el *nihilismo* en las estepas de la Rusia.

Si ponéis ante ese público dos filósofos opuestos, uno profundamente religioso y otro independiente de toda idea sobrenatural, es evidente que el creyente será menos apreciado, porque se le reputa menos fuerte. Ya lo han repetido sus prohombres en medio de un *claque* frenético, que no hay nada de común entre el progreso y Dios, entre la ciencia y la fe. Un sábio que aún se empeñe en seguir los antiguos senderos de la ciencia católica, no merece ante ese público entrar siquiera en paralelo con otro que sólo se atiene al progreso de su razón. ¿Qué extraño es por lo tanto que ante esa bufonada general haya algunos profesores, que por miedo ó por cálculo, paguen su tributo á la moda, y se conformen con ese siglo, que ha sido repro-

bado anticipadamente por S. Pablo, por que se aparta de la verdad y corre en pos de fábulas que lisonjean los sentidos?

¡La Religión! Hay colegios en los países ántes aludidos, y á los cuales mandan sus hijos padres inconsiderados, en los cuales la Religión se escarnece, en los cuales no se descansa hasta arrancarla del corazón del alumno. Sobre esto podrían decirse cosas bien tristes ejecutadas sin pudor en jóvenes filipinos. ¡Después se lloran las consecuencias! ¡Y se extraña la tempestad! En esos antros de perdición el colegial duda á los doce años de edad; es escéptico á los quince; y á los veinte impío de baja laya. ¿Qué hay excepciones me diréis? Sí, y afirman la regla general. ¿Quereis una prueba? Recuérdese el principio de este artículo: la mano de Dios pesa de una manera evidente sobre la vieja Europa, y su raza predilecta. La lección es tan clara, que está al alcance de todos, que basta abrir los ojos para leerla por doquiera, y sin embargo, no la comprenden los académicos y literatos y demás sábios de liceo, que desplegaron las alas de su inteligencia al soplo de la ciencia racionalista. Es claro: para comprender que la lección viene de Dios es preciso comenzar por saber que Dios existe, y creer, á lo ménos un poco en su acción, en su providencia, en su personalidad. Esa pléyade de ilustrados ignoran que Dios exista, ó cuando ménos obran como si no supieran que existiese. La lección es perdida.

Cuando la Francia declaró la guerra á la Prusia, de todo se acordó ménos de Dios. La Francia oficial obraba hacia años como si ignorase su existencia. ¡Ella, la nación primogénita de la Iglesia, la nación cristianísima, tuvo tiempo para levantar una estatua á Voltaire, la personificación de la impiedad, el tipo del francés trasfuga, y no le tuvo para hacer una rogativa! El prusiano impone preces y ayunos públicos, y después de la victoria atribuye el triunfo á la providencia!... También esta lección fué pérdida para vencedores y vencidos.

Así se practica la moral, así se enseña la fe así se forman hombres y cristianos por sustitutos é institutores que no son ni morales ni creyentes. Veamos si se cuida más de fomentar el amor pátrio.

Inconcebible parece en primer término, que en una provincia como Filipinas que cuenta tres siglos de historia, que no es posible comparar á ninguna otra historia colonial, sin que resalten admirablemente sus ventajas; que en una provincia, cuya madre-pátria cuenta quince siglos de vida propia llena de hechos gloriosos y de figuras espléndidas, haya quien mande sus hijos el extranjero, para informarles en amor á la patria!... ¡Cómo! La noble nación española, la nación de Osio y de Pedro de Zaragoza, de Juvenco y de Prudencio, de Bachiario y de Orosio, de Poncio Ladron y de Fabio Quintiliano, de San Ponciano y San Gregorio Bético; la nación de Teodorico, Teudio y Pelayo; la que en los tiempos calamitosos de su primitiva independencia ofrece al mundo envuelto en sombras un Alaiño, un Leonardo Justiniano, un Jorli, y preladados como S. Apricio y S. Martín Dumiense; la que poco después es el asombro de las edades con la escuela sevillana personificada en S. Leandro, S. Fulgencio y S. Isidoro; foco de luz vivísima que esparce las rayos por toda la península, que traspasan las fronteras y salvan los siglos, y que llegan hasta nosotros con los nombres de Redempto y Braulio y Máximo y Coriancio, y Fructuoso, Eugenio, Donadeo, Bonelo, Eufemio, Adelfio, Superior, Eladio, y Justo; la nación que se engalana con las hermosas figuras de San Ildefonso, San Julian y San Valerio; la nación de los Reyes católicos y del cardenal Cisneros, la que en su incomparable *siglo de oro* prodigó sábios y marinos y generales y estadistas á todos los pueblos del orbe ¿ha de permitir que sus hijos desdeñen tan noble alcurnia para mendigar el pan de la inteligencia entre pueblos que no eran, cuando ella lo distribuía desde levante á Occidente, desde Septentrion al Mediodía? ¡España, patria mia! ¿Es un borron para tus sábios, el que fueran de Dios amigos, el que hubieran amado al mundo y el que el mundo agradecido haya orlado su frente pura con la auréola de la gloria? ¿Acaso desmerece su ciencia, porque la hayan bebido en las cristalinas aguas que manan de los piés del Cordero sin mancha?

¡España! la nación de todas las nobles ideas,

de todas las voluntades generosas, de todas las grandes obras ¿cómo es que tienes hijos, que sepan el nombre de Epaminondas y de las Termópilas, é ignoren, sino el de Pelayo y Alfonso el Casto, de seguro el de Sto. Domingo y San Ignacio? ¿Puede uno ser español sólo por el nacimiento, sin que las tradiciones, y los sentimientos y las esperanzas y las aspiraciones que agitaron la España de quince siglos tomen parte en la formación de su corazón é inteligencia, encuentren eco en su alma? ¡Pobre educación, pobre enseñanza! aquella que llene la memoria de recuerdos de Grecia y Roma y pase por alto la Edad Media, ó acaso diga de ella, que fué la edad de la barbarie! ¡Ay! de la educación ¡ay de los niños! á quienes sólo se diga que nuestro siglo XIV fué un siglo de oro, dominado por un rey adusto y una inquisición fanática; mas ¿qué digo? ¡sanguinaria!... Y ni una palabra de las ideas que ennoblecieron á aquellos hombres, que los elevaron á la talla de gigantes, y bajo cuyas plantas brotaban continentes y pueblos, para ser engastados como margaritas preciosísimas en la corona de sus reyes y en la tiara de sus Papas! Y ni una palabra de nuestros tiempos, sino que es la época de la libertad, que sucedió al absolutismo, sin entender lo que es absolutismo ni lo que es libertad; ni una palabra de nuestra historia, á no ser que hubo godos y árabes, que se descubrió el nuevo mundo y se abrieron las cortes de Cádiz cuando se estremecían sus baluartes ante el poder de Napoleon.

JUSTINO.

Manila, Febrero de 1876.

ESPAÑA EN JOLÓ.

XI.

Aun cuando la situación había cambiado mucho, en el sentido favorable y mas aparente á los intereses, desde los triunfos que hemos detallado en el artículo anterior, la cuestión del Sur se mantenía, en la esfera política, siempre grave y espectral, y reclamaba como siempre una esquisita vigilancia de parte del gobierno de la colonia. Era para este indudable, porque pruebas anteriores, muchas veces repetidas, lo tenían justificado, que los Sultanes, los Dattos y hasta el mas humilde de los súbditos de aquellos reveses territorios, solo se doblegaban al terror del momento, impuesto por la victoria de las armas, estando siempre atentos á la ocasión de tomar venganzas y represalias, aunque para ello provocasen de nuevo nuestra justa indignación y faltasen á los mas solemnes pactos y juramentos celebrados y convenidos.

No se descansó, pues, en la confianza de los triunfos, ni en la fuerza de los tratados de amistad, y se vigilaba incesantemente y por todos los medios á aquellos malvados, sobre todo en lo que relación hiciera á que volviesen al ejercicio del pirateo, que era la plaga mas terrible y de peores consecuencias para nuestros pueblos pacíficos y para el ejercicio del comercio marítimo interior. Toda prevision era poca en tan delicada situación, y justo es confesar que se tuvo esquisita así de parte de la Autoridad Superior, como de las autoridades locales mas cercanas al teatro de los sucesos; llevándose en esto la vigilancia hasta el extremo de volverse á disponer en 1849, que saliese él entonces Comandante general de Marina, D. Manuel de Quesada, con dos vapores de guerra, á fin de practicar un reconocimiento por las costas del Sur que habitaban los moros, para conocer la situación en que se hallaban; expedición esa en que, para eventualidades, se embarcó una compañía del regimiento de Asia, y se incorporaron en Zamboanga, el Comandante de ingenieros de la plaza, cinco falúas, ocho vintas y varios lancanes tripulados por 70 paisanos armados.

Nuestras fuerzas llegaron sin novedad al fondeadero de Sipac, en donde se practicó un reconocimiento general de toda la isla; de allí pasaron á Lob, Tapiantanan y Pilas, respectivamente, y sin ocurrir nada notable, se dirigió el Brigadier Quesada á la provincia de Davao, al S. E. de Mindanao, para conferenciar con los Régulos y Dattos, regresando después á Manila para dar cuenta de todo al gobernador general de la colonia.

No hay para que encarecer la utilidad que reportaban en todos sentidos, el sistema de vigilancia constante empleado por nuestras autoridades y por las fuerzas marítimas: esas ventajas se hicieron evidentes antes de una manera completa y elocuente, y era fuerza, por tanto, no perderlas ni aun siquiera dejarlas adormecer un instante, porque los moros, siempre firmes en su propósito de no abandonar sus piraterías y tomar venganzas y represalias, acechaban sigilosamente, como ya digimos, la menor ocasión de descuido y confianza por nuestra parte, para aprovecharla enseguida en su beneficio, sin pensar en las consecuencias que su conducta les acarrearía, ni tener para nada en cuenta los compromisos de paz contraídos por los Sultanes y Dattos.

Está, pues, reputada por una buena y previosora política, la de procurar el mantener viva en la imaginación de las malvadas hordas del Sur, que el gobierno de Filipinas no se adormecía con los triunfos sobre ellos alcanzados, sino que, por el contrario, ejercía de continuo la vigilancia más esquisita, firme en su propósito de no dejar impune ninguna invasión, ningún desmán que tales salvajes cometieran. Nosotros reconocemos también todas las ventajas de esa política, y creemos que del mismo modo la reconocerán todas las personas imparciales en el juicio de nuestras guerras con los moros; pero aun mayor hubiera sido la eficacia de esa política espectante, si, cuando menos desde los triunfos de nuestras armas en Balanguingui, hubiéramos ocupado militar y perma-

nentemente aquellos territorios, para que de ellos huyesen para siempre sus desalmados habitantes, ó tuvieran que someterse á una vida civil y religiosa, que les hiciera dignos de la consideración de seres racionales, de que, por su ferocidad y salvajísimo, no disfrutaban todavía.

Es muy cierto que para haber podido seguir ese camino, se necesitaban elementos de que entonces se carecía en el gobierno de la colonia, como ya hicimos notar en algunas de las precedentes tareas, y por eso no puede ser de ningún modo censurable la conducta de la administración en aquel tiempo, ni eso amenguar puede en nada los buenos servicios que prestaron entonces las autoridades, el ejército y la marina, así como el país en general.



CASA DEL ALCALDE MEDRANO EN ARGAMASILLA DE ALBA.—(De la Ilustración.)

Por otra parte, es necesario considerar que, si algo pudo hacerse en el sentido espuesto, lo impidieron también otros cuidados no menos apremiantes que sobre sí tenía el gobierno de Filipinas, especialmente por las ambiciones que sobre algunos de nuestros territorios en el Sur, tenían algunas potencias extranjeras de Europa; ambiciones que hacían cambiar los planes, que complicaban más la situación, y de continuo obligaban á dar un giro nuevo á las disposiciones y á los negocios.

A este propósito, se espresa elocuente y elocuentemente el historiador Bernaldez, cuando dice:

«La Francia con sus establecimientos en las Marquesas y su presencia en China; la Holanda con sus posesiones y su bien entendida colonización en Java, en Sumatra y en Borneo; la Inglaterra con el vasto imperio de la India, que estiende sus brazos á Malaca y al mar de China, y sus conquistas en Australia, nueva Zelandia y grupo de islas de Labuan; estas tres potencias, animadas del natural deseo de dar mayor ensanche y actividad á su comercio, y estinu-

lada, cada una de los celos, á la vista de las adquisiciones de las otras dos, han tenido siempre y conservan gran empeño por enseñorarse de algunas de las islas y puertos del Sur de nuestro archipiélago, cuyo valor por esta sola consideración aumenta, elevando cada día más la importancia de ese límite, al parecer abandonado, de nuestros buenos y antiguos derechos en el Asia.»

«Sin buscar ejemplos en lo pasado para sustentar esta verdad, que por otra parte nadie ignora, recordaremos que la Francia en 1845 (1) hizo los mayores esfuerzos para ocupar la isla de Basilan, si bien esta ocupación no llegó á verificarse, merced á las oportunas reclamaciones hechas por el gobierno de Madrid, iniciadas por el de la colonia, y á la buena fé del gabinete de las Tullerías.

«Los holandeses con la razón, ó acaso pretexto, de exigir la devolución de unos cautivos que

decían haber hecho los joloanos en sus posesiones, se presentaron en Abril de 1848 con dos corbetas de guerra en la rada de Joló; y como no recibieron del Sultán de la isla la satisfacción que pidieron, cañonearon la población y los fuertes por espacio de 24 horas, pero la artillería de los moros contestaba y lo hacía con el acierto suficiente para causar muchas averías en una de las corbetas, viéndose estas en la necesidad de retirarse. Regresaron, pues, los holandeses á Borneo, no sin asegurar que volverían á tomar satisfacción más cumplida.»

«Por último el inglés Sir J. Brooke, el mismo que vimos aparecer en la embocadura del río de Maluso, concluyó con el mencionado Sultán de Joló en 29 de Mayo de 1849, un tratado de comercio, según se llamaba, pero cuyas tendencias iban mucho más allá; pues basta leer su art.º 7.º para calcular su inmensa importancia y la manera indigna con que aquel Régulo traidor daba al olvido sus juramentos de fidelidad al Rey de España, y el reconocimiento hecho, así por él como por sus antepasados, del derecho

(1) Ya dimos á conocer ese suceso en uno de los anteriores artículos.

inconcuso que tenia desde tiempo inmemorial esta nacion, del territorio de que él pretendia disponer á su antojo. Dicho artículo 7.º dice á la letra, asi: S. A. el Sultan de Joló para precaver toda futura ocasion de desavenencia, promete no hacer cesion alguna de territorio dentro de sus dominios á ninguna otra nacion, ó á súbditos ó ciudadanos de ellas, ni á reconocer vasallaje ó feudalidad á ninguna otra potencia sin conocimiento de S. M. Británica.»

Tal era la crítica situacion que entonces atravesó el gobierno de la colonia, y fácil es comprender las complicaciones y dificultades de todos géneros que ella ofrecería y presentaba á cada momento, aunque, por fortuna, la perseverancia,

patriotismo y esquisito tacto del general Claveria, acudió al momento á buscar los remedios mas eficaces al objeto. Formuló, pues, y dirigió sus reclamaciones á los gobiernos de Francia y Holanda, y las pretensiones de esas potencias quedaron sin resultado alguno, contestando satisfactoria y cortesmente, una y otra, al espresado general, gobernador de nuestra colonia; y en cuanto al tratado con Fr. J. Brooke, «de quien se decia preparaba en Labnan, para verificar el canjeo del indicado convenio, una expedicion armada que debia caer sobre Joló en Enero de 1850», se dispuso que el gobernador de Zamboanga con las comandantes de marina sutil é ingenieros, pasara á Joló y conferenciase con el Sultan, ha-

ciéndole severos cargos por su irregular y criminal conducta.

Fué el resultado de esta entrevista, el proponer «como el medio mejor, dice el ya citado Bernaldez, de conjurar por entonces la tormenta, que al Sultan mas que á nadie amenazaba, el de ocultar la bandera irresponsable que tenia, y adoptar la española que deberia en el acto arbolarse en el palacio y en las fortificaciones. Reconocieron los gefes moros la oportunidad de este consejo; disculpáronse de haber firmado el tratado inglés, con no poder ni saber calcular sus consecuencias; se dieron por engañados, y en fin, pretendieron destruir la alarma producida por su alevé proceder. No nos atrevemos á decir si



(MANILA.)—VISTA DE LA FÁBRICA DE TABACOS DE ARROCEROS.

habia ó no verdad en aquellas palabras y protestas, por mas que nos sobren motivos para recelar de ellas; pero en último resultado y lo cierto fué, que si bien se manifestaron propicios los caudillos á usar nuestra bandera, el pueblo fanático arrastrado por los *seriphs* ó *panditas* que, á pretexto de que la suya era importada de la Meca, les amenazaban con el furor del Profeta, se negó abiertamente á tolerar el cambio; y hasta las mugeres y los ancianos, haciendo causa comun con los jóvenes guerreros, se reunieron armados y dando desaforados gritos al rededor de la morada del Sultan, manifestaron bulliciosa y acaloradamente su resolucion. Mucho menos se necesitaba para que no se atreviese en su propósito, si lo tenia, aquel Sultan imbécil, pusilánime y sin poder; de modo que á los 27 dias de negociar, de ir y venir y de agotar su paciencia y sufrimiento en larguísimas conferencias, desagradables cuestiones é inútiles razonamientos, los tres comisionados dieron la vuelta á Zamboanga, dejando, segun estaba, la dificultad en pié.»

Ocurria por entonces tambien, que los habitantes de los pueblos vecinos á la factoria

que teniamos establecida en Barás, principiaron á hostilizarnos hasta el punto que fué forzoso abandonar aquel establecimiento. Los moros de Tonquil, reforzados con algunos otros de las islas de Belaun y Bocotuan, cayeron con sus embarcaciones sobre la isla de Samar y mas tarde sobre Camiguin, cometiendo en ambos puntos todo género de tropelias y maldades. Se hicieron reclamaciones por esto al Sultan de Joló, pero este, siempre débil en su posicion de soberano, contestó que careciendo «de prestigio para hacerse obedecer y de fuerzas con que poder sugetar á aquellos súbditos rebeldes, dejaba á nuestro cargo el imponer el castigo á que se hubieran hecho acreedores, y exigir la devolucion de los cautivos.»

No puede dudarse que, con todos estos sucesos, con tantas complicaciones era preciso poner en juego todos los medios, para resolver una situacion tan crítica, como perjudicial á nuestros intereses y al buen nombre de nuestra bandera, pues como muy acertadamente dice Bernaldez, se desprendia á somero examen de los hechos; «primero, las pretenciones exteriores;

segundo, la desleal é indigna conducta de los joloanos; tercero, la perfidia de los Dattos de Tonquil, promoviendo nuevamente el pirateo; cuarto, la impotencia por confesion propia, de aquellos para imponer á estos; y por último, la necesidad de demostrar con un acto de severidad y firmeza, que la tolerancia tenia su término, y el gobierno Español medios suficientes para vengar los ultrajes hechos á su pabellon, para hacer que sus derechos fuesen respetados, y para conservar la integridad de sus colonias en el pacífico.»

En tal estado quedó nuestra importante cuestion del Sur del archipiélago, al cesar en el gobierno general el ilustre Claveria, á quien sucedió el Sr. D. Antonio de Urbiztondo, Marques de la Solana, cuyo gefe tenia que mirarla y la miró en efecto, con el mismo interes que todos sus dignos predecesores, asi como no se perdió momento en preparar y agrupar todos los recursos necesarios para que fuesen castigados, cual merecian, las salvajes hordas de moros, que venian siendo el azote del pais por tantos años, por mas de dos siglo, casi consecutivos.

La campaña al fin pudo principiarse en el mes de Diciembre de 1850, dándose á la misma, como ahora, el nombre de campaña de Joló.

La descripción de la misma, será el objeto de nuestro próximo artículo.

JAVIER DE TISCAR Y VELASCO.

LOS GRABADOS.

Miguel de Cervantes Saavedra.

(Véase la página 2.)

RECUERDOS DE CERVANTES.

Casa del Alcalde Medrano, en Argamasilla de Alba.

Celebrándose hoy 23 de Abril el 260 aniversario del fallecimiento del inmortal Miguel de Cervantes Saavedra, creemos oportuno presentar en las páginas 1 y 6 el retrato del tan justamente llamado Príncipe de los ingenios españoles, así como una vista del exterior de la casa del Alcalde Medrano, que aun existe en Argamasilla de Alba donde estuvo preso, el infeliz comisionado de apremios, y en la que fué engendrado, como dice su inmortal autor, *El Ingenioso Hidalgo, D. Quijote de la Mancha.*

En aquella casa de Medrano dice la ilustración, se hicieron en 1863, por el primero de los tipógrafos españoles contemporáneos, el inolvidable D. Manuel Rivadeneira, dos ediciones del *Quijote*, una de lujo y otra económica y en el prólogo que escribió para la primera nuestro respetable amigo el eminente literato D. Juan Eugenio Hartsebusch, se describen así, la casa y la sombría cárcel.

«... la que le sirvió de prision se sostiene en pié todavía: maltratado y ruinoso el corredor que da vuelta al patio, lo demás de la fábrica subsiste duradero. Pásase del patio, cruzando el corredor, á un sótano dividido en dos pisos: al primero comunica luz, aunque poca, un agujero que da al soportal del corredor, y parece abierto modernamente; recíbela también por el vano de la parte superior de la puerta, que tiene unos palos verticalmente puestos como hierros de verja: el piso inferior aun goza menos luz, porque se la permite escasísima una ventanilla ó respiradero que da á la calle y descansa en la línea del suelo. Dícese que estuvo Cervantes arriba: casi á oscuras hubo de hallarse, ya le tuvieran preso en lo ménos hondo, ya en lo más profundo de la cueva. Bajo aquella bóveda, que se alza poco más de dos metros sobre ménos de tres de anchura, y cuya longitud se acorta con la escalera de descenso al piso más bajo; en aquel tenebroso encierro, en aquel angustiado cofre de cal y canto, concibió la fecunda mente de Cervantes la idea vastísima, triste alguna vez, regocijada casi siempre, de su *D. Quijote.*»

Fábrica de Tabacos de Arroceros.

En la página siete de este número damos á conocer el exterior, por la parte que dá al río Pasig, de la fábrica de cigarros de Arroceros. Siendo su construcción anterior á la creación en estas Islas de la oficina de obras públicas, no nos ha sido posible adquirir datos que justifiquen el historial de aquel edificio y así solo nos concretaremos á los que se refieren al número de operarios que concurren diariamente al Establecimiento á su organización interior y elaboraciones que nos han sido facilitados galantemente por persona competente.

La Fábrica de Arroceros se halla establecida en uno de los departamentos de la Administración Central de Colecciones y Labores por el lado derecho de su entrada, hácia la puerta principal del edificio.

Dicha fábrica cuenta con tres diferentes talleres, cuyas respectivas denominaciones son «*Taller de Habanistas: Cigarrilleros y Picaduras.*»

Tiene tres secciones de á veinte mesas cada sección, y con el personal necesario de operarios. Concurren unos mil á mil doscientos hombres diariamente, entre unos y otros talleres.

Se confeccionan en los distintos talleres las menas de Imperial, Regalía, Caballero, Londres, Vегueros, Nuevo Habano, 3.ª 4.ª y 5.ª Habanos y Nueva batida, cigarrillos de papel de hilo y vegetal, picadura y picaduras prensadas.

Están así mismo dotados, además de los Ayudantes respectivos Jefes de los talleres, del personal de maestros de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, y con sus cabecillas correspondientes á cada mesa; además cierto número de cortadores que se dedican á las faenas de cortar las diferentes menas que se les van presentando de los talleres, y una vez hechos sus trabajos los van separando y clasificando por mazos de á diez tabacos cada uno, y son presentados á los maestros encargados del recibo y oreo.

Después de estar en disposición de ser embasados, pasan al salón de envases para que se hagan en sus cajones correspondientes.

Bastagueros son los que se dedican á limpiar el tabaco y sacar el bástago desnudo de la primera materia, y es separado para destinarlo al fuego.

Cuyas operaciones son las mismas que se practican en las Fábricas de mugeres, con la sola diferencia de que en esta Fábrica elaboran muchas más menas que en aquellas.

D.

PIO IX.

I.

En Sinigaglia, la antigua *Sena Gallea*, ciudad de la Marca de Ancona, el 13 de Mayo de 1792 colocábase por vez primera en la cuna un niño, en el palacio de una noble y antigua familia.

Este niño era Juan María Bautista Pedro Pellegrin Isidoro MASTAI FERRETTI, que más adelante debía llamarse Pio IX. Su padre, gonfaloniero (alcalde) de Sinigaglia, llamábase el conde Jerónimo Mastai Ferretti, y su madre Catalina Solazi. Hácia fines del siglo XVII, en recompensa de numerosos y distinguidos servicios, los Mastai recibieron el título de conde del príncipe Farnesio, duque de Parma y Placencia. A consecuencia de una alianza matrimonial con el último descendiente de la familia Feretti, añadieron este último apellido al suyo.

Los primeros años del joven Mastai discurrieron felizmente bajo el techo paternal; mas la tempestad había soplado sobre Francia y no tardó en desencadenarse sobre el resto de Europa. Los soldados de la república francesa descendieron á Italia y se apoderaron de las Marcas.

El padre del Papa actual, sinceramente adicto al ilustre y venerable Pio VI, vióse obligado á someterse á la dominación extranjera. Habitado el niño por su madre á guardar en su corazón el más profundo respeto para con los Pontífices, sucesores de San Pedro, tuvo desde entónces que orar, mezclando sus lágrimas con las de su familia, para obtener del cielo que cesasen las tribulaciones del Vicario de Jesucristo, que gemía cautivo en país extranjero. Y lo hacía con todo el fervor de su joven corazón, bien ajeno, sin duda, de pensar entónces que un día, cautivo á su vez, el mundo católico dirigiría las mismas preces á Dios por Pio IX, despojado y prisionero.

A la edad de trece años, Juan María Mastai entró en el colegio de Volterra (Toscana), donde luego llamó la atención por su dulce piedad, su aptitud y amor al estudio, y por su angélica caridad. En seis años cumplió el curso regular de sus estudios, y contaba diez y nueve cuando volvió al hogar paterno al lado de su noble madre, á buscar inspiraciones para la elección de carrera.

El ruido de las armas hacía entónces temblar el mundo: las almas generosas son siempre sensibles á la gloria; el joven Mastai, que en semejante época entraba en la vida pública, no podía dejar de sentir la influencia del tiempo. Además, la carrera militar le sonreía, y soñaba, como muchos otros jóvenes, en llevar espada é influir en los grandes acontecimientos que se estaban cumpliendo en Europa; pero al mismo tiempo sentíase atraído poderosamente hácia la casa del Señor, como si presintiese las gracias extraordinarias que en ella le estaban reservadas.

Pronto se decidió su vocación: su ardiente piedad triunfó en esta lucha de las ideas belicosas que agitaban su espíritu: después de haber meditado mucho sobre la vanidad de las cosas humanas, resolvió consagrarse á Dios y recibir las órdenes sagradas.

Una terrible enfermedad pareció oponer al principio un obstáculo insuperable á la entrada de

Mastai en el estado eclesiástico, y cerrarle para siempre las puertas del santuario.

Sin embargo fuese á Roma, con el propósito de comenzar sus estudios teológicos, encontrando en Pio VII, pariente de su familia, un poderoso estímulo para perseverar en su santa resolución.

Juan María, á pesar de los reiterados ataques de su enfermedad, no desalentó; seguro ya de su vocación, buscó en la oración los recursos que no podía esperar de la ciencia humana. Rogó con perseverancia; invocó con fé y amor á la *Consoladora de los afligidos*, y la epilepsia desapareció milagrosamente. Recibió el sacerdocio en 11 de Abril de 1819, y celebró su primera Misa en medio de los pobres huérfanos de *Tata Giovanni*.

El presbítero Mastai, á quien su nombre, saber y sus virtudes le abrieron la puerta á los más importantes destinos, fiel á su vocación de caridad, prefirió un ministerio oscuro en medio de los pobres. Primero bienhechor, y después director del hospicio de *Tata Giovanni*, pasó los seis ó siete primeros años de su vida eclesiástica rodeado de pobres huérfanos sin protección ni apoyo, imitando al Divino Maestro, que dijo: *Dejad venir á mí los niños.* De este modo preludiva esta vida de caridad que, desde que es Vicario de Jesucristo, nos ha mostrado siempre rodeado de pobres, de enfermos, de infortunados de todas clases, derramando limosnas y palabras de amor, para enjugar todas las lágrimas y aliviar todos los padecimientos. Consagró su fortuna, su tiempo, toda su existencia á la prosperidad moral y material de los huérfanos en cuyo hospicio había celebrado su primera Misa.

Fué día de lágrimas para el padre y para los niños el día en que el presbítero Mastai, en 1823, fué arrancado por el Sumo Pontífice reinante á sus modestas ocupaciones para acompañar á un Vicario apostólico más allá de los mares.

Mons. Muzi había recibido orden del Papa Pio VII de pasar á Chile para el arreglo de los negocios eclesiásticos, que por las no interrumpidas revoluciones de la América del Sur, hallábase en un estado deplorable. Tratábase de arreglar con las autoridades republicanas de Chile los derechos y los deberes del clero, la situación temporal y espiritual de la Iglesia en el nuevo Estado. Sabía bien el venerable Pio VII que agregando á esta misión al presbítero Mastai, en calidad de auditor, daba á su enviado un poderoso auxiliar.

La goleta *Eloisa*, en la que se embarcó el presbítero Mastai, se dió á la vela en 5 de Julio de 1823. El viaje fué penosísimo, con su cortejo de privaciones y padecimientos. Terribles y continuas tempestades pusieron en peligro de perecer más de una vez al frágil buque, y el joven sacerdote, que había dejado las miserias humanas en la oscuridad de un hospicio, se hallaba de improviso enfrente de grandes peligros y de pavorosos espectáculos. La naturaleza desencadenada le afligía ménos que las miserias de la infancia, y mostró que su alma estaba dotada de un temple capaz de resistir á tempestades mucho más peligrosas.

Imperturbable y resignado, invocaba, puesto de rodillas sobre una tabla, la intercesión de la *Estrella del mar*, para que intercediera con Aquél que domina las tempestades; y la Virgen á la que más adelante debía proclamar INMACULADA el universo católico, oyó sus oraciones y le condujo al deseado puerto.

Al cabo de ocho meses de padecimientos, después de haber sido acusados, al llegar á Palma, en la isla de Mallorca, de complicidad en una revolución contra España; después de haber tenido que rescatarse de un brick pirata, entraron por fin los misioneros apostólicos en el Río de la Plata. Pero no habían llegado todavía al término de sus trabajos; ántes de llegar á Santiago, término de la misión, tuvieron que cruzar en caravana las Pampas y la gran cordillera de los Andes, caminar sin descanso por arenales ardientes ó por bosques sin caminos practicables; empero, su confianza en Dios nunca le abandonó, y hácia fines del mes de Marzo Mons. Muzi y el presbítero Mastai pisaron el territorio de Chile.

(Se continuará.)

(Journal de Florence del 7 al 21 de Mayo de 1874.)

TRATADO

SOBRE EL MODO DE TRATAR Y CULTIVAR EL ALGODON.

POR UN CULTIVADOR EXPERIMENTADO.

El algodónero á causa de su naturaleza delicada, es difícil de producirse en cuanto al terreno y clima, y ocurre pocas veces que se obtenga una combinacion de estos dos elementos para poder perfeccionar y madurar la planta.

De esto resulta, que hay pocos parages donde se obtengan tales resultados con un éxito bastante uniforme; sin embargo existen, al punto de demostrarnos, de la manera la mas concluyente, que hay terrenos en ciertas localidades en un todo favorables al cultivo, con buen éxito, de esta planta delicada.

Establecido este hecho, es de la mas alta importancia el comprender cuales son estas especialidades de terreno, y cuales tambien los medios para descubrirlas, á fin de conseguir por medios artificiales, enmendar ó curar en cuanto sea posible las faltas del terreno, en su estado natural.

No se puede esperar atender á todas sus imperfecciones y sin embargo es del ramo del cultivador el conseguir, tanto como le sea posible, las necesidades que pertenecen especialmente á la planta, y por la preparacion y el cultivo ensayar de suplirlas.

La primera pregunta que se presenta es la de saber cuales son las especialidades del terreno favorables al crecimiento y á la madurez del algodón.

La experiencia probablemente es la prueba mas convincente y segura sobre la cual se pueda contar para establecer esta cuestion, y se reconoce casi universalmente en la actualidad, que los mejores terrenos para el algodón son aquellos cuyo suelo es profundo y tierno, un justo medio entre el terreno arenoso y poroso, y el duro y cerrado, en fin esos terrenos en los cuales los rayos calientes del sol puedan penetrar, embebiendo prontamente los gases estimulantes de la atmósfera, y que dejan el sobrante de las lluvias posarse á una profundidad tal, que pueda tenerse á una distancia por debajo, sin dañar las raices de la jóven planta.

Las calidades de terreno arriba mencionadas son esenciales al crecimiento vigoroso y á la pronta madurez del algodónero, y el conocimiento de este hecho es de grande, y aun deberia añadir, de importancia indispensable á su buen cultivo. Porque aunque no hallaríamos, es lo mas probable, todos estos puntos esenciales reunidos al escoger una plantacion de algodón, sin embargo con la ayuda de utensilios propios, el arado, la azada, y la incorporacion de sustancias apropiadas, podríamos remediar, sinó todas, muchas faltas, y suplir con ellas las exigencias esclusivas de esta planta.

Todos estos son preliminares que pueden arreglarse y entenderse facilmente, y de este punto principiaremos á dar á conocer nuestras ideas sobre el mejor modo de cultivar el algodón. Ya se habrá deducido algo con lo espuesto; sin embargo como no quiero dejar este punto indeciso, afirmo que estoy convencido que la mejor y mas importante parte del trabajo en el cultivo del algodón consiste en una buena y apropiada preparacion del suelo que haya de ser plantado.

En cuanto á lo que la preparacion del suelo debiera ser, es difícil decirlo de un modo absoluto, pues variará segun la condicion en la cual se hallen los terrenos; pero podríamos fijarnos unos principios generales para nuestra guia, á fin de obtener mas favorables los resultados, y dejar á la planta el escoger los mejores medios que tengamos á nuestra disposicion, para llegar á este fin.

Antes de la plantacion, todos los terrenos destinados al algodón deberán ser trabajados profundamente, apretados y ablandados, y esto deberá hacerse de antemano en tiempo suficiente para permitir á las lluvias el afirmarlos.

El mas general y sin duda el mejor modo, es el de preparar todos los terrenos destinados al algodón en filas formadas por el arado: en los terrenos llanos y húmedos, hay que darlas algunas veces una elevacion adicional, levantando las filas con la azada. Soy partidario de las filas profundas y tiernas, formadas por un cultivo perfecto y apretado; pero no reconozco la necesidad, ni la ventaja de elevar mucho los terrenos calientes y secos y que no estén sujetos á inun-

daciones, efecto de fuertes lluvias. En el interés del cultivo, desearia que los jóvenes algodóneros fuesen puestos sobre una elevacion ligera, que no aumentaria, á menos que la condicion del terreno no lo necesitase.

La distancia que debe quedar entre ellos es la cuestion que tenemos que considerar enseguida. Este es un punto muy importante y del cual depende mucho nuestro buen éxito; y sin embargo tendrá que variar mucho segun las circunstancias, de las cuales unas están á veces mas allá de nuestros conocimientos ó de nuestro poder. Podemos fijar un principio general, y servirnos en seguida de nuestro juicio práctico para guiarnos en su aplicacion.

Una vez la cosecha en sazon, las ramas de los troncos deberán entrelazarse ligeramente de todos los lados; así al plantar, es preciso calcular el tamaño que la planta alcance, lo que dependerá naturalmente de los cambios de la estacion. Por esta razon sería en vano dar mas explicaciones é instrucciones, que tendrian que modificarse continuamente segun las calidades diferentes de los terrenos. Esta cuestion descansa enteramente sobre los principios ya enunciados.

La plantacion deberá hacerse en hileras con agujeros (in drills) debiendo añadir para la instruccion de los que no tengan aun experiencia bastante, que sobre un terreno ordinario de calidad mediana, estas hileras deberán tener entre las unas y las otras cerca de cuatro piés, y los troncos en los huecos deberán estar separados de modo que tengan de 12 á 20 pulgadas entre sí. La anchura de las hileras y la distancia entre los huecos puede aumentarse en los terrenos mejores, y en los casos donde la tierra sea muy árida, se puede disminuir. No lo considero como cosa de importancia é indispensable; pero ciertamente preferiria que las hileras fuesen en direccion adecuada á fin de que hagan gozar á la planta del sol, si es posible, desde su salida hasta su puesta. El algodónero es sin duda una planta de sol.

En cuanto á la manera de plantar, aconsejaria el empleo de un pequeño arado muy estrecho para el surco de abertura. Se le hará atravesar el centro de la fila, abriendo así un surco directo de tamaño y profundidad uniforme. Las semillas deberán sembrarse en el surco por una mano cuidadosa, que las irá colocando al largo del surco á distancia justamente suficiente para asegurar una buena plantacion por todo el largo de la hilera.

Estas semillas deben cubrirse por medio de un rastrillo de madera, al cual se habrá atado un pequeño cilindro del ancho de 20 á 24 pulgadas que apriete ligeramente el suelo, aniquilando los céspedes y dejando los agujeros necesarios y sin obstruccion de modo que el empleo de las azadas no sea interrumpido durante la operacion de recortar. Puedo añadir que un obrero hábil plantará de diez á doce acres por dia.

Hasta ahora he conducido al cultivador á la última operacion en la siembra del algodónero; no habrá nada mas que hacer hasta que la jóven planta haya alcanzado una firmeza conveniente, y que las terceras y cuartas hojas principien á aparecer; entonces deberá empezar la poda, cuya operacion debe ser precedida por los arados, que despegarán el algodón de la tierra, dejando cuidadosamente un espacio de cinco á seis pulgadas á cada lado de los agujeros. Entonces siguen las azadas aclarando el jóven algodón á la debida distancia, y quitando con cuidado todos los céspedes y malas yerbas que ya hubieren principiado á crecer sobre la fila. Hay plantadores, que en lugar de aclarar el algodón al principio, lo cortan únicamente de través con las azadas, dejándolo en manojos de cuatro á seis plantas, sistema que no puedo aprobar; prefiero dejarlo separado, ayudandolo así á lograr aquella salud robusta, que no puede obtener rodeado de tantos vecinos. Despues debe hecharse con el arado un poco de tierra á la jóven planta. En este primer trabajo, á menos que no sea en terrenos muy flojos, aconsejaria que se apretasen los lados de los surcos, y que se trabajase con un arado que aplaste y desvie la tierra profundamente al rededor de las raices de la jóven planta.

Dejo á otros el explicar sus teorías como mejor lo entiendan; pero para una planta como el algodón que deja una raiz que penetra tan profundamente en la tierra, y de la cual dependen tantas cosas, insisto que uno lo acomode preparandolo en una fila blanda y profunda en la cual sus raices puedan penetrar facilmente.

En el segundo trabajo, los arados deberán romper la tierra de nuevo hasta una buena profundidad, apretándola al mismo tiempo, y esta vez la tierra al centro de las hileras deberá trabajarse bien tambien. Despues deben seguir las azadas, retirando con cuidado un poco de tierra blanda al pié de los troncos, dejándolos limpios y bien sostenidos. En caso de hacerse bien ese trabajo, la planta crecerá sin que se haga caso de ella, durante quince ó veinte dias, en que los trabajos del arado deberán principiar de nuevo.

En esta época, se necesitará usar un arado cualquiera que pueda trabajar muy cerca á la planta, y que haga caer la tierra blanda al rededor de la raiz, cubriendo con cuidado las pequeñas yerbas, que ya hubieren crecido desde el último trabajo; pero el trabajo esta vez deberá ser menos apretado y de menor profundidad que el anterior.

La azada tiene mucho que hacer en el cultivo de esta planta, y debiera reparar continuamente y perfeccionar lo que los arados no hayan acabado, quitar los troncos sobrantes, escombrando lo que quede de yerbas, moviendo la tierra entre las raices de la planta, y en caso necesario añadiendo á ella un poco de tierra.

Es difícil en un escrito de esta clase decir cuantas veces y de que manera se deberá cultivar esta planta; porque las diferencias de estaciones y de tierras tienen naturalmente mucho influjo en la solucion de esta cuestion.

Como regla general es preciso que la tierra sea floja y bien movida: los primeros trabajos deberán ser profundos y vigorosos y á medida que la planta adelanta y que el fruto principia á aparecer, los trabajos pueden ser menos vigorosos y no tan profundos, teniendo el suelo siempre blando y limpio.

Es de la mayor importancia el no abandonar la planta, hasta que las ramas principien á entrelazarse y el algodón á salir.

No considero necesario el amontonar la tierra en mucha cantidad cerca de las raices del algodónero; pero pienso que todos los trabajos deberán tener por objeto el aumentar la cantidad.

El escoger la semilla es una cosa que de ningún modo debe descuidarse. Resultan á veces grandes ventajas de un cambio de semilla en la misma vecindad, de diferentes suelos, ó de otro clima lejano y diferente.

Podemos hacer mucho para mejorar la semilla, yendo cada año á los campos, para coger unos tallos de los mejores formados y de los mas fecundos y de este modo mantener el cultivo.

La colecta del algodón deberá principiar luego que cada labrador pueda coger cerca de quince á veinte kilogramos por dia. Importa mucho, no solamente al buen éxito del trabajo, sinó á la calidad y al color del algodón, el hacer que este pueda cogerse sin ser expuesto á la lluvia. Las dificultades para la colecta una vez atrasada, y que una borrasca ó una fuerte lluvia sobreviniese mezclándolo con las hojas y embrollando el «burr», son tan grandes como cuando se halla atrasado el cultivo de la planta: en los dos casos se necesita mucho trabajo adicional para suplir el tiempo perdido.

En las colectas precoces, mientras que las semillas están verdes, la exposicion al sol les es indispensable; pero despues de mayor madurez y de sequedad esto no es tan necesario.

Esto deberá resolverse segun las circunstancias; pero para extraer el rocío ó el agua de lluvia, es siempre preciso hacer secar el algodón sobre un tablado, antes de almacenarlo. Es mas ventajoso para todo algodón el quedar esparcido antes de pasar al «Gin», y sin duda esta ventaja se pierde con frecuencia por falta de espacio; pero hay siempre que tener un cuidado especial de que el algodón no se humedezca, pues esto dañaría su brillo y su color. Se puede evitar la humedad por medio de traslados de un sitio á otro y exponiéndolo constantemente al aire.

Antes de pasar el algodón al «Gin», deberá estar seco de modo que las semillas se abran al apretarlas entre los dientes; está con frecuencia húmeda cuando se le pasa al «Gin»; pero siempre cuando uno haga así, las muestras saldrán azuladas. Se deberá hacer uso de un «Gin» que no corte ni rompa el pelo del algodón; pero que haga salir la fibra recta y llana, de modo que al sacar las muestras parezcan cortadas; este efecto se obtiene principalmente por el aumento considerable de cepillos añadidos actualmente por las prensas de los mejores fabricantes.

Rafael siguió adelantando hasta el calavera, quien viéndose cogido y ofuscado por la refriega y los vapores del vino, disparó sobre el artista, haciéndole caer.

—Dios mío! ¿Qué has hecho? exclamaron pálidas de terror, y acaso de remordimiento, las dos hermanas. ¿Qué vá á ser de nosotras?

—Nada. He defendido vuestro amor cual cumple á un caballero. Os he libertado. Ayudadme y vereis.

Y aquellas cuatro personas, sin fé ni conciencia, sacaron el cadáver á la calle, lo dejaron tendido en la esquina inmediata, y volvieron cada uno á su casa, acostándose tranquilamente; como si acabaran de ejecutar una buena accion, apenas borrarán las huellas del desórden y del delito.

Rafael no estaba muerto, porque no podia morir; pero lo fingió, para dejar que se consumase el crimen. Al verse solo en aquella calle sombría y solitaria, á las altas horas de la noche, asesinado en presencia y por causa de sus mismas hermanas, á quienes venia á amparar, las cuales habian ayudado con una sangre fria desconsoladora á sus novios, se levantó y con el corazon desgarrado encaminóse al campo santo, para devolver al mago los cien años de vida en cambio de su rincon sepulcral, que tan grato se presentaba ahora en sus ojos y en su alma.

V.

Luis y Amparo forman un matrimonio modelo. Jóvenes y amantes, nada faltaba á su bienestar mas que un hijo que el cielo les concedió.

Vivian felices y envidiables. Su niño, robusto y hermosísimo, constituia su único encanto y gozaban un paraíso dentro de su casa. Pero la Parca, esa vieja escualida y envidiosa, que mira con malos ojos la felicidad, y anda turbando siempre el sosiego de las familias, tendió su guadaña, que nunca se enmohece, sobre aquella morada de ventura, y segó con una crueldad espantosa la flor temprana llena de vida, de gracias y de belleza.

El dolor de los padres fué terrible, cruel, superior al de toda herida física y moral.

El ángel de la tristeza cubrió con su fúnebre crespon aquella casa, hasta entonces teñida de color de rosa.

Sufrieron esa pena intensa y desgarradora que destroza el corazon que, no pudiendo desahogarse en llanto, siente caer sobre si mismo un volcan de lágrimas hirvientes que bajan á aumentar su pesadumbre y su martirio.

¡Oh! ¡desgraciados los que no pueden llorar, y agregan en su pecho á la tortura del dolor, la tortura de las lágrimas!

Ambos esposos devoraban en silencio su amargura concentrados en un solo pensamiento, llevando siempre á su hijo en el corazon y en la mente. Alejados de la sociedad, pocas veces tenían que desarrugar los pliegues de su piel; y cuando se veían obligados á ello, jamás despleaban el aterido corazon, en que albergaban á su niño como en un faul.

Sumergidos en una desesperacion aparentemente tranquila, semejantes á esos traidores lagos de superficie tersa y de fondo turbulento, caminaban con deleite hácia la tumba, que tenia para ellos una atraccion invencible.

La noche en que pasa la accion del cuento se habian acostado temprano, como todas, y como todas estaban soñando con su hijo, cuando sintieron llamar á la puerta suavemente como con manos pequeñas ó débiles.

—¿Quién será? dijeron ambos.

—Voy á ver, exclamó Luis.

Y encaminándose á la puerta, la abrió.

Júzguese su sorpresa cuando se encontró á su llorado niño. Estuvo á punto de desfallecer.

El, que hubiera dado su salud, su vida, por resucitarlo; que hubiese cometido todas las heroicidades, por volver á estrechar entre sus brazos aquel pedazo de sus entrañas tan hermoso, tan bendito, tan adorado, al encontrarle delante en su puerta, sintió nublarse sus ojos y vacilar su cabeza, como si fuese presa de una pesadilla. Pero al verlo tiritar de frio y tenderle las manecitas como tenia costumbre de hacer para abrazarlo, balbuceando ese dulce nombre más poético, más sublime que un canto de querubenes, volvió en si y lo trasportó, apretado contra su seno, á la cama, donde ambos esposos lo colocaron en medio, abrigándolo con el calor de sus cuerpos y de sus almas, prodigándole toda clase de ternuras y caricias y alabando á Dios, que desde la cima de

la desgracia y del dolor inmortal, los subia de nuevo á la cumbre de la felicidad.

VI.

A don Alvaro, don Pedro, Rafael y Eduardo, que llegaron casi al mismo tiempo á la puerta del cementerio, se unieron otros muchos, que tambien habian recuperado la vida.

Un sacerdote habia sido negado por su cariñosa sobriua, á quien dejó una pingüe herencia.

Un obispo recién muerto, fué arrojado del palacio por sus secretarios, que ya se disputaban la mitra.

Un jóven fué acusado como usurpador de estado civil por su hermano, al querer identificar su persona.

Un anciano y opulento comerciante, solteron, que habia dejado el comercio á su cajero, quien por su honradez, laboriosidad y adhesion habia logrado captarse todo su aprecio, no pudo siquiera entrar en la casa, porque aquel le cerró la puerta al conocerlo.

Todos, en fin, regresaban bien convencidos de que en el mundo los afectos, las pasiones, los deberes están bastante generalmente supeditados al interés y con las ilusiones perdidas por el desengaño; viendo la sociedad bajo su verdadero prisma, se hallaban arrepentidos cordialmente de haber despertado del sueño eterno.

Notando la ausencia del niño, convinieron en que se habria quedado entumecido de frio en medio de la calle, ó extraviado en las tenebrosidades de la noche. Ninguno se atrevió á suponer que fué bien recibido por sus padres. ¡Tal era el escepticismo que se apoderó de aquellos corazon!

—Pues bien, señores, dijo don Alvaro; es preciso entrar á deshacer el contrato con el mago. No queremos la vida. ¿Estais conformes?

—Sí, sí, prorumpieron todos ensordeciendo el aire, que empezaba á zumbiar al salir de sus cavernas ya despierto; entremos á morir.

Y llamaron á la puerta, pero nadie contestó. Redoblaron los golpes, y continuó el mismo silencio.

Entonces, dos ó tres, los más ágiles, saltaron las tapias y registraron todos los rincones del panteon. No habia nadie. Esperaron; llamaron á todos los cuartos, á todas las tumbas; pero en vano.

No habia ni el más leve vestigio de existencia en el recinto mortuario. Los sepuleros estaban cerrados, y nadie diria que de aquellas losas mudas, frias é inertes habia surgido la vida pocas horas ántes.

¿Y el mago? ¿voló? ¿se disipó? ¿Estaria escondido en una burbuja de aire, saboreando el tormento de aquellos necios?

No se sabe.

Saliéronse desesperados, contaron á los de fuera la inutilidad de sus pesquisas, y se esparcieron por el globo, dispuestos á buscar la muerte á todo trance, consiguiendo sólo pasar un siglo de martirio, de horrores, de miseria.

Este cuento, desprovisto de su parte fantástica, es histórico. Todos sus cuadros pertenecen á la vida real, y se representan diariamente.

Sólo hay una pasion noble, desinteresada, generosa, capaz de todos los sacrificios: el amor paternal.

L. M. R.

ECOS DE MALATE.

CORO.

De Malate doncellas queridas,
Con coronas de laurel venid,
Y entonando canciones sentidas
Del guerrero las sienas ceñid.

VOZ I.^a

Ya retornan los nobles soldados,
Que por Dios, por la Pátria y el Rey,
Pelearon en Joló esforzados
Y del moro vencieron la grey.
De cansancio y fatiga transidos
Si sus rostros os causan dolor,
En sus ojos amantes queridos
Hallareis la ventura de amor.
De Malate etc.

Les preceden la fé y la victoria,
De Castilla acompaña el Leon,
Y en sus pechos henchidos de gloria
Se dilata su gran corazon.

En sus manos vibran los aceros
No ya rayos de Marte feroz,
Si irradiando brillantes, ligeros,
Los colores del iris veloz.
De Malate etc.

3.^a

Ved aquel, que con frente serena
Y gallardo y marcial continente,
De honda herida cicatriz cardena
Lleva impresa en la faz sonriente:
Ved al otro, que el paso detiene
Al sentir á su pie resentido,
Del punzante dolor, producido
Por fractura, que vendada tiene.
De Malate etc.

4.^a

Mas dejad el exámen hermosas,
Porque todos ostentan señal
Comprobante de acciones grandiosas
Y merecen corona inmortal:
Todos ellos dan á Filipinas
Mas riqueza, mas dicha y mas prez,
Y sus nombres con letras divinas
Nota España en su historia á la vez.
De Malate etc.

5.^a

¡¡¡Viva!!! se oye dó quier repetido
Al compás de armoniosa cancion,
Y del bronce entre el bronco estampido
Las campanas confunden el son:
Frescas flores alfombran los suelos
Por dó marcha el cortejo al Altar,
Y Manila y sus barrios son cielos,
Del Te-Deum el himno al sonar.
De Malate etc.

J. M. DE L.

Manila 19 de Abril de 1876.

BOLETIN RELIGIOSO.

23. Domingo *in albis*. S. Jorge mr. y S. Gerardo ob. y cf.—*Viático público* para los enfermos é inválidos.

Este día es el ducentésimo sexagésimo aniversario de la muerte de D. Miguel de Cervantes Saavedra. Con este motivo los literatos de esta capital celebrarán en Sto. Domingo un aniversario, con misa, oracion fúnebre y sermon el Miércoles próximo, en sufragio del Príncipe de los ingenios y de todos los literatos españoles.

25. Martes S. Marcos Evangelista y S. Aniano, ob. y cf. *Letanias y Estacion*.

29. Domingo Sta. Catalina de Sena Vg. *Indulgencia plenaria* en las iglesias de Dominicos.

REGALOS

Los siete lotes de regalos correspondientes al sorteo ordinario que se ha de celebrar el día 5 de Mayo próximo, se encuentran de manifiesto, para los que deseen examinarlos, en el *Bazar Español*.

CLASIFICACION DE LOS LOTES.

Para el número igual al que obtenga el premio de 16.000 pesos, una vagilla y juego de café, loza inglesa con filete de color para doce personas, su valor cuarenta pesos.

Para el número igual al que obtenga el premio de 4.000 pesos, un juego lavabo de porcelana francesa decorado, su valor veinte pesos.

Para el número igual al que obtenga el primer premio de 1.000 pesos, un par de jarros de cristal azul y oro, su valor ocho pesos.

Para el número igual al que obtenga el segundo premio de 1.000 pesos, un costurero con incrustaciones, su valor ocho pesos.

Para el número igual al que obtenga el tercer premio de 1.000 pesos, una gargantilla de oro con cruz en su estuche correspondiente, su valor ocho pesos.

Para el número igual al que obtenga el cuarto premio de 1.000 pesos, un par de pedestales de barro de China, figura de dragones, su valor ocho pesos.

Para el número igual al que obtenga el quinto premio de 1.000 pesos, dos pares candeleros plateados con sus guardabrisas ó virinas, su valor ocho pesos.